

RESEÑAS

MARIALUZ ALBUJA,
La pendiente imposible,
Quito, Ministerio de Cultura del
Ecuador, 2008, 56 pp.

El año pasado, el Ministerio de Cultura premió algunos proyectos literarios. Quiero compartir la lectura de algunos de ellos, de los que llegaron a mis manos y me han conmovido. *La pendiente imposible*, de Marialuz Albuja, es un poemario con pulso y sobria intensidad. En estos poemas, el yo lírico femenino elabora la conciencia del paso del tiempo en el hecho de reconocerse portador de un cuerpo que, siendo el mismo, deviene otro. Es un cuerpo que se reencuentra en los fragmentos de una memoria que, aunque dispersa, se concentra en los recuerdos de la infancia, de la casa familiar. “Te duermes. / Regresas a casa. / Tu madre baña a tu hermana tierna. / Su risa infantil se refleja en el agua, [...]. / Tu hermano se ha lastimado las rodillas/ su sangre gotea en la arena. / [...] No tienes ya tierna hermana/ ni hermano pequeño a quien las rodillas le sangran. / Tienes casi treinta años, / una hermana que es madre, / dos hermanos que ya no recuerdan la infancia”. Esta poesía nace en el vacío que deja el regreso imposi-

ble; allí donde la palabra nombra una realidad que pugna por bullir en una permanente tensión entre memoria e imaginación; entre los fragmentos concretos de una cotidianidad vivida y el deseo que hace siempre otra cosa con la realidad tangible. Más aún, con la realidad cuando es memoria, recuerdo, imagen. “Esta es la casa del padre/ donde partimos el pan después del regreso. / La casa del padre en la cima de una colina que el viento se come poco a poco. [...] Esta es la casa que no tuvimos. / La casa de los sueños tardíos/ [...] Esta es la casa del padre. / Aquí habremos de llamarnos hijos suyos...”.

Son poemas que trabajan lo que Gastón Bachelard llama la “función primera del habitar” que, desde la ensoñación poética, nos devuelve a la concha inicial, a la casa como rincón del mundo, como albergue de la memoria, de los valores del espacio habitado, del aura familiar. “Me pregunto si recuerdas las mañanas en casa de tu abuelo/ el café con leche recién ordeñada, / [...] / Yo lo recuerdo todo sin haberlo visto. / [...] / Juego a ser hija y me equivoco”. En este ejercicio de evocación poética, desde una cierta conciencia inocente, el yo lírico se pregunta: “¿Qué significa ser hermanos?/ ¿Qué ser hijos?”. La

posibilidad de recuperar la casa vieja, los rostros de los seres queridos antes de abandonar la sonrisa infantil o de soltar “de su pelo las últimas flores” es nula. Eso lo sabe la poeta. Se sabe desterrada, en el camino: “padre, me has desterrado/. Voy en busca de un lugar para quedarme/ y solo me encuentro con las colinas donde se eleva tu casa en el horizonte”. Lo que hace de este poemario un libro importante no es solamente la configuración poética de la realidad y la madurez del oficio que desborda los valores de intimidad autobiográfica. Advertimos en *La pendiente imposible*, el aliento de un proyecto poético en la fuerza de una imagen que se vuelve motivo recurrente: el imposible retorno a la casa del padre, aunque allí nos espere la sombra de lo que ya no somos. Leer imágenes de casas, de senderos, de albergues nos devuelve, a nosotros lectores, a nuestros propios recuerdos de casas, de padres, de hermanos.

ALICIA ORTEGA CAICEDO
 UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
 SEDE ECUADOR

PABLO PALACIO,
Un hombre muerto a puntapiés / Débora,
 Buenos Aires, Final Abierto,
 2009, 150 pp.

La edición argentina (2009) del cuentario *Un hombre muerto a puntapiés* y la novela *Débora* (prólogo de la crítica Alicia Ortega Caicedo), publicados originalmente en Quito en 1927, es un buen pretexto para volver a Pablo Palacio, un autor al que siempre se retorna.

Esta edición ha sido posible gracias al empeño y tesón del escritor y editor argentino José Henríque, director de la editorial alternativa Final Abierto de Buenos Aires, quien ha inaugurado, precisamente con estos títulos del ecuatoriano, una colección que se propone reunir aquellas obras que son clave para explicarnos la vanguardia latinoamericana de las décadas del 20 y del 30 del siglo pasado. El esfuerzo del editor es digno de destacar dado que en la actualidad no es fácil encontrar ediciones de las novelas y cuentarios de los autores de este período rico, edad conflictiva y regeneradora de nuestras literaturas. Si existen algunas ediciones locales, muy difícilmente llegan a sobrepasar las fronteras de sus respectivos países.

Esta edición de Palacio se suma a las que se han venido haciendo desde los años 70 en el extranjero. Recordemos que fue en Santiago de Chile, 1971, durante el gobierno de la Unidad Popular, que se editaron los textos del lojano con prólogo del sociólogo Agustín Cueva y del crítico Hernán Levín Cerda. En 1982, en México, se publicó